

—¡No sabe restar! — dijo la reina blanca —. ¿Y dividir? A ver, si divides un pan por un cuchillo, ¿qué resulta?

—Supongo... — titubeó Alicia, pero la reina roja se apresuró a quitarle la palabra de la boca:

—¡Pan y manteca! Eso es la mar de fácil — dijo con aire de satisfacción. Probemos otra resta. Si a un perro le quitas un hueso, ¿qué queda?

—El hueso — reflexionaba Alicia en voz alta — no queda, puesto que se lo quito... El perro... tampoco, pues viene corriendo a mordirme... En cuanto a mí, es más que seguro que tampoco me quedo...

—¿Crees entonces que no debe quedar nada? — preguntó la reina roja.

—Supongo que ése es el resultado.

—¡Equivocada como siempre! ¡Queda la calma del perro!

—Pues no veo como...

—¿Cómo? ¡Muy fácil! ¡Fíjate! El perro pierde la calma. ¿No es así?

—Tal vez — dijo Alicia prudentemente.

—Y si el perro se va, la calma queda — dedujo la reina con aire de triunfo.

—Sí, tal vez, pero hay muchas maneras de interpretarlo — dijo Alicia lo más grave posible, mientras en su interior, y sin poderlo remediar, pensaba: «¡Cuántas tonterías estamos hablando!»

—¡No entiende una jota de sumas! — exclamaron con desdén ambas reinas.

—¿Y tú, sabes hacer sumas? — saltó de pronto Alicia, encarándose con la reina blanca, pues ya se iba cansando de tanta censura.

La reina bostezó ligeramente y entornó los ojos, antes de dar su respuesta.

—Yo sé sumar — le dijo la reina blanca, pero, en *algunas* circunstancias.

—¿Y conoces tú el resultado? — preguntó a Alicia.

—Por supuesto — respondió la reina roja.

—Yo también — suspiró Alicia. — Vamos a repetir juntas. Voy a comunicarte una sola letra... ¿No te desanimas. Con el tiempo...

—Y dime, ¿puedes restar? — preguntó la reina roja. — ¿Cómo y de qué se hace?

—Eso lo sé bien — dijo Alicia. — Se toma harina flor...

—¿Y de dónde arrancas los setos?

—No se arranca, es un error.

—¿Cuántas hectáreas de error? — preguntó la reina roja. — No debes omitir tantos detalles.

Alicia suspiró con desesperación.

—Abanícala — reconcomió la reina roja. — Tiene fiebre de tanto pensar.

Y acto continuo empezó a pámpanos hasta que se cansó de su tarea, pues le faltaba la fuerza.

—Ya está bien otra vez. ¿Cuántos idiomas? ¿Cuál es el resultado?

—«Patochada» no es una palabra.

—¿Y quién te dijo que no? — preguntó la reina roja con cara de picar.

Alicia vió en esto un rayo de esperanza.

—Entonces, si me p...